

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas.

Mes	1
Trimestre	2,50
Semestre	5
Año	10

PROVINCIAS

Tres meses	3
Ses	5,50
Año	10
Extranjero y Ultramar	8 pesos

CORRESPONSALES

25 números	2,50
------------------	------

NÚMERO CORRIENTE

15 céntimos.

El Motín

PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

NÚMERO ATRASADO

15 céntimos.



LIT. ROMILLO FUENTES 11.

✠ D. Estanislao Figueras.

Ayuntamiento de Madrid

ADVERTENCIA

En el próximo número publicaremos el retrato de D. José Carvajal.

Van publicados los retratos de los Sres. Ruiz Zorrilla, Pi y Margall, Dulon, Castelar, Salmerón, Marqués de Santa Marta, Mangado y Figuerola.

D. ESTANISLAO FIGUERAS

«Todos hemos pecado, yo el primero; perdonenme todos como yo a todos perdono, y unámonos por la causa de la democracia y el bien de la República.»

Estas nobles palabras, pronunciadas por Figueras en el banquete de Capellanes, pintan de cuerpo entero al hombre de talento, de tolerancia, de mundo, de palabra, de educación, de carácter; aquel hombre grande de alma, generoso de espíritu, no sólo invisible al odio, al rencor, á la venganza, á la envidia, á las pequeñas pasiones, sino predispuesto hasta la exageración á la benevolencia y el sacrificio, según lo calificó uno de sus biógrafos al día siguiente de morir. Biógrafo que además añadió:

«¿Quién hoy no rinde público tributo al carácter bondadoso y al espíritu levantado de aquel hombre á quien todos podían señalar como ejemplo de tolerancia y prodigio de abnegación, cuyas puertas estaban abiertas de par en par para amigos y enemigos, de cuyos labios bajaba siempre la frase alentadora y el consejo reparador, cuyo bolsillo se vaciaba constantemente para atender todas las desgracias, y cuya actividad y cuyo celo y cuya abnegación en los trances más críticos de la vida le daban el perfecto derecho de creerse el primero y mejor amigo de todos los que lloraban los rigores y durezas de la suerte?»

«Los hechos más delicados, más discutibles, más discutidos de su vida política, aquellos que han puesto seriamente en tela de juicio su reputación y su prestigio, si pueden afectar al hombre político, enaltecen al hombre honrado y al espíritu generoso que no ha titubeado en sacrificar su fama, excusando debates y explicaciones á que cerraban el paso los deberes de la amistad y los vínculos del compañerismo.»

Innecesario es decir que nosotros, al elogiar las condiciones personales y los grandes méritos del Sr. Figueras, no tratamos de disculpar su abandono del poder. Nuestra manera de ver estos asuntos nos lleva á esta conclusión: antes que huir debió acusar á Pi, y si hubieran resultado méritos para ello, haberlo fusilado; que estas resoluciones viriles necesitan para salvarse los pueblos que están en las condiciones que España estaba en 1873.

Pero una vez afirmado esto, permítasenos elogiar á Figueras por haber vuelto á España á defender la República cuando vio que peligraba y asegurar que si el Sr. Salmerón hubiera seguido sus consejos, Pavia no habría dado el golpe el 3 de Enero. Y también por haberse dedicado desde entonces con fe y constancia á la reorganización del partido federal, y por haberse prestado hasta á ponerse á las ordenes de Pi para conseguirlo; y por haberse dedicado á conspirar sin descanso contra la monarquía, limitando toda su ambición á morir en una barricada.

Pecó, como él dijo, pero procuró redimir su pecado, y, por lo tanto, tiene derecho á que sea respetada su memoria. ¿Lo tendrían asimismo los que, perseverantes en sus mezquinos rencores, cobardes ante la restauración, sordos ante la voz del patriotismo, han pasado diecisiete años en una inacción suicida? ¿Podremos perdonar á los que, después de haber deshecho el gran partido federal levantando la bandera del pacto para dar fuerzas á la restauración, la han arriado vergonzantemente?

No, y mil veces no. Pueden y deben perdonarse, aun cuando nunca justificarse, errores como el del ilustre Figueras, si después se procuró enmendarlos. Lo que no puede ni debe perdonarse es que, frente á la restauración, se divida al partido revolucionario de abolengo, para exclamar cuando se le ve disgregado y maltrecho: «Aquí no ha pasado nada.»

A continuación insertamos la carta en que el señor Figueras explicó las causas de su abandono del poder.

DOCUMENTO HISTÓRICO

Sr. D. I. B. M.

Habana.

Hendaya, 3 de Septiembre de 1873.

Queridísimo amigo: El 31 por la tarde, esto es, cuando usted estaba ya en el Atlántico, recibí su grata sin fecha, pero que he podido deducir, por las que en ella se citan, que fué escrita el 26 de Agosto. Uno de sus últimos párrafos decía así: «Yo no debo dar consejos ni siquiera indicaciones; pero el

«cariño autoriza hasta las faltas de respeto, y allá va lo que yo creo justo después de lo sucedido, que aún no he podido comprender con exactitud. No se deje usted llevar por impresiones del momento ni por consejos de nadie, sea quien quiera. La política es una cosa demasiado seria, y cualquiera ligereza compromete la reputación, que vale más que la vida. Perdóneme usted la indicación.»

Por lo visto, usted ha juzgado también por las apariencias, y esto puede nacer de dos causas: Primera, de que Rafael no le haya dado explicaciones ó se las haya dado incompletas, contestando monosilábicamente á cuanto usted le haya querido hacer hablar y con el tono tranchant que usted le conoce; no es extraño, está en su carácter; siendo bueno y amante como nadie, se ha forjado un mundo á su gusto y cree que se puede prescindir de la opinión del resto de la humanidad. La segunda causa de su juicio erróneo puede nacer de las explicaciones del único amigo á quien usted vió, y que siendo también bueno en el fondo, no es buena fuente para saber los móviles de ciertas acciones que su alma mezquina y su necesidad le impiden comprender. Le quiero á pesar de sus tonterías; creo que él también me quiere; pero no vale nada en ningún sentido por su corto entendimiento y su ambición mezquina, ambición cuyo carácter, que consiste en la ostentación, no extraño, porque conozco sus pasiones mujeriegas.

Yo no me justifico con nadie, repugna á mi altivez; pero cuando se trata de un amigo verdadero como usted, no tengo ningún inconveniente en hacerlo. Así podrá usted contestar cuando se me ataque y no tendrá que enfadarse, porque no hay cosa que predisponga tanto al enfado y á romper por la calle de en medio como sentir la convicción de una cosa, y no hallar razón ni hechos en que fundarla, y defenderla discutiendo.

Ante todo, reivindicó la responsabilidad del hecho: adopté espontáneamente la resolución; ni Rafael ni otra persona alguna me lo aconsejó. A Rafael le llamé para darle órdenes, y no discutí ni podía hacerlo, porque le hablé al oído en el cuarto ministerial del Congreso y delante de veinte personas que se hubieran opuesto hasta materialmente á mi marcha, si la hubieran sospechado. A mi tío no le oí hasta llegar al tren.

Para que usted pueda juzgar con pleno conocimiento de causa, es preciso que no olvide mi punto objetivo mientras fui gobierno. La República se hizo ilegalmente por una Asamblea que no tenía mandato para ello, y que debió disolverse después de aceptada la renuncia de D. Amadeo. Había que pasar un período difícil que se alargó por la funesta transacción del voto particular de Primo de Rivera, y teniendo como fiscal una comisión permanente rencorosa y hostil, hija de otra transacción que se hizo por mi natural benevolencia y mi deseo de concordia, cuando podíamos tener una comisión exclusivamente nuestra. Mi principal y único objeto fué llegar á las Constituyentes sin trastornos y sin sangre. Un motín podía matar en ciernes la República, que no era una legalidad, sino un hecho. Debí, pues, hacer una política de contemplaciones, sacrificándolo todo, incluso mi reputación, al objeto indicado, que conseguí á pesar de los elementos terribles que tenía en contra. Yo debía suponer que las nuevas Cortes tendrían sentido común é instinto de conservación, y hasta presumo que, sin pecar de optimista, podía esperar de ellas el patriotismo y la abnegación que suele inspirar el planteamiento de una idea nueva traída á la vida del mundo á fuerza de constancia, de habilidad y de todo linaje de sacrificios, y teniendo que luchar á menudo contra los propios amigos, que querían tomar por el atajo, creyendo ¡desdichados! que podrían llegar más pronto.

La horrible desgracia que tuve el día 20 de Abril me hizo vacilar. Envió mi dimisión á Pi, pero la actitud amenazadora de los monárquicos autorizó á éste para que hiciera un llamamiento á mi compañerismo, y retiré la dimisión. Testigo Sardá, que llevó y trajo los recados. ¡Cuántas veces me he arrepentido de mi condescendencia, sobre todo cuando la he visto después tan mal comprendida! Sin embargo, no cambiaron mi resolución y mi compromiso. Quería salir solo hasta la constitución de las Cortes y retirarme entonces para siempre. En uno de los últimos consejos anteriores á la apertura dije estas palabras: «Señores, al constituirse el Congreso, entregaremos el poder que de la anterior Asamblea recibimos; pero debo advertirles que aun cuando me vuelvan á nombrar, yo no admitiré; sobre esto no admito discusión: es una resolución irrevocable. Creo que ahora conviene una política enérgica y conservadora: la represión, si es necesaria, cuando se hace por fuerza irresistible y con el concurso de una Asamblea, no sólo disminuye la res-

pensabilidad del gobierno que la acomete, sino que no ofrece el peligro de retrogradar, porque hay el freno del Parlamento; mas yo no puedo hacer esta política, por lo mismo, que por las causas que ustedes conocen de antiguo, he representado y hecho la contraria, y ahora este cambio parecería una traición y argüiría una imprudencia que sólo tienen los ambiciosos.» Todos convinieron en que yo tenía razón.

Es asimismo preciso que no olvide usted que durante los cuatro meses de mi mando los conservadores de todas las opiniones se desataron contra mí. Ya se ve, yo era su único obstáculo; querían ahogar la República en el desorden; querían sangre, petróleo, y no les importaba sacrificar algunas docenas de amigos suyos y algunos edificios públicos y particulares con tal que el desorden se produjera. Así moría la República sin haber tenido sanción legal: hoy que la tiene, á pesar de las criminales locuras de gran número de republicanos, no puede hacerse la reacción sino con el nombre y bandera de la República, que llamarán unitaria al principio para que vaya á parar, dado ya el impulso, en la restauración. Para desautorizarme, me supusieron ambicioso y aspirante á la dictadura, ¡yo que no mandando ni aun en mi casa! y dieron como hecho inconcuso que tenía resuelto deshacerme poco á poco de todos mis compañeros. Oígalos usted hoy, y todavía lo repiten: me hicieron desleal con Rivero, con las Cortes, con la comisión permanente, con Contreras y con Pierrad.

Era Augusto deshaciéndose de sus compañeros de triunvirato; era un sultán otomano matando á los hijos del hermano mayor; era, en una palabra, una fiera astuta y sanguinaria, sin fe y sin ley, sin amor y sin amistad. ¡No había yo utilizado hasta la muerte de mi mujer! ¡Infames! Aunque no tuviera otra razón para separarme de la política, bastaría la de que no quiero verme en posición de tomar venganza de esos miserables, porque temo que caería en ella. ¡Tan viles han sido conmigo!

Llegó, por fin, el ansiado día de la reunión y constitución de las Cortes; en sus manos resignamos nuestros puestos; se admitieron nuestras dimisiones, y Pi fué el encargado de formar nuevo ministerio. Presentólo á las Cortes, donde todos los ambiciosos, aquellos que se vieron chasqueados en sus esperanzas, los díscolos, los envidiosos, hallaron ocasión de discutir, denigrándolo, el nuevo gobierno.

Levantéme á defenderlo, en cuyo acto se revolví contra mí, lleno de rabia, el general Pierrad, á quien sólo dí una guantada, pero tan fuerte, que lo puso fuera de combate. La rabia del general Pierrad nacía de que no le había hecho teniente general, sin recordar que tres meses antes lo había elevado á mariscal de campo.

Defendiendo la combinación hecha por Pi, dije á las Cortes: «No sigáis discutiendo, no rechacéis á ninguno, porque desechando uno lo quedan todos, y entonces la cuestión es insoluble, la crisis no puede resolverse.» Era vano empeño el mío. ¿Cómo es posible hacer entrar en razón á quien está movido por intereses bastardos? La resolución estaba tomada; no les importaba comprometer la República con tal que el ministerio naufragara: así se había de pensar en otra combinación, y podían ellos entrar entonces. Retiróse el ministerio; ó mejor dicho, Pi, viendo que el fracaso era inevitable, retiró su propuesta, y nosotros tuvimos que echar sobre nuestros hombros de nuevo tan pesada carga. Cuánto costó lograr de Pi, profundamente herido, que se sentara en el banco azul, es indecible. Pero no volvió al Consejo; se encastilló en su ministerio como un mero empleado administrativo, para despachar lo urgente; mas no se ocupó ya más de política ni de gobierno. Semejante situación era insostenible. El 9 de Junio (note usted las fechas), reunidos en el gabinete de las Cortes, le llamamos por telégrafo á Consejo, y él contestó que enviaría su dimisión. Se hizo, pues, de nuevo la crisis, ó mejor dicho, se hizo patente, porque existía desde nuestras dimisiones, y entonces les dije á mis compañeros que no había mas que dos resoluciones: ó encargar á Orense que formara un ministerio con sus hombres (cosa arriesgada por la situación del país), en la seguridad de que á los ocho días caía desacreditado, ó formar un gabinete de la derecha, y entonces era preciso desde el primer momento prepararse á resistir, porque el combate era inevitable. La primera solución fué desechada por imposibilidad de que la derecha la aceptase; la segunda fué admitida por Salmerón, que exigió el concurso de Castelar y dijo que estaba resuelto á morir en la demanda. Castelar, porque conocía la imposibilidad de la resistencia por falta de elementos en aquellos instantes, dijo que no era posible tampoco esta solución, y que no había otra sino la de que formara yo un ministerio de concilia-

ción por ocho ó quince días, en cuyo tiempo se deslindarían bien los partidos en la Cámara y se reunirían elementos de resistencia. Expreséles mi estado, mi resolución de dejar el poder, mi salud quebrantada, mi ánimo abatido; pero me rogaron tanto, invocaron tales consideraciones, que cedí y consentí en formar el ministerio de conciliación, pero sólo con el compromiso de sostenerme ocho ó quince días á lo más.

¡Oh! ¡qué de plácemes entonces! Excuso repetirlos, y baste saber que unánimemente expresaron los presentes (que eran muchos) que no habían visto jamás ningún hombre tan dispuesto al sacrificio como yo. Recuerdo la frase, que es de Fernando González, y es textual.

Tomado ya este acuerdo, nos separamos, y el vicepresidente suspendió la sesión pública, convocando á sesión secreta para las diez de la noche. Estuve en el Congreso antes; mas como había pasado en claro la noche, y yo, que resisto al hambre y la sed, no puedo resistir al sueño, me sentí malo: todo rodaba alrededor de mí. Se lo avisé á Castelar, á quien encargué el arreglo del asunto, diciéndole: «Le entrego mi nombre y mi reputación: haga usted de ellos lo que quiera.»

A las seis de la mañana del siguiente día ya estaba yo en la cabecera de la cama de Emilio. Me informé de que la cosa había marchado sin tropiezos, y que quedaba ampliamente facultado. Faltaba, sin embargo, atar dos cabos importantes: que Salmerón admitiese la presidencia de las Cortes, y que Carvajal aceptara la cartera de Hacienda, con el compromiso formal de encontrar por de pronto en el día veinticinco millones, y doscientos en un término breve. Castelar se encargó de convencer á Salmerón, y yo me fui á Guerra á esperarle, para ir en seguida juntos á ver á Carvajal. La admisión de éste con las condiciones dichas era esencialísima: el Banco estaba amenazado de quiebra, porque los acreedores de cuentas corrientes retiraban sus capitales por temor á la emisión de papel-moneda con curso forzoso anunciada por Tutau. La crisis metálica era una cuestión de orden público de las de peor género: los amotinados hubieran tenido razón. ¡Vaya usted á reprimir cuando el que se queja se queja con razón! ¡Y vaya usted á dejar sin represión el desorden, cuando al fin los malvados y los enemigos se aprovechaban de él para rematar á la República!

A las ocho Salmerón y Castelar estaban en el ministerio de la Guerra (no olvide usted, el día 10 de Junio), y Salmerón aceptó en seguida. Fui á casa de Carvajal, que no pudo darnos seguridad del dinero como días antes la tenía; pero en aquel instante necesitaba hablar con los banqueros sus amigos para saber si seguían en la idea de facilitar el dinero que le ofrecieron cuando Pi lo propuso para Hacienda. Pidió cuatro horas de término, y convinimos en que á la una le esperaríamos en el gabinete del Congreso. Castelar quiso que almorzara con él, á lo que accedí con gusto, y así estuvimos juntos hasta la una, en que fuimos al palacio de las Cortes. Allí estábamos esperando la contestación de Carvajal, cuando Tomás Salvany, que hablaba aparte con Castelar, le dijo al despedirse: «Ayer me ocurrió una cosa singular: al salir de la sesión secreta, me dijo Joaquín Pi con ira mal reprimida: «Parece imposible que entre seis hombres que han sido compañeros y se dicen amigos haya tanta indignidad y tanta infamia.» Yo, que paseaba de un lado á otro de aquel reducido espacio para entreteener mi impaciencia, sin prestar atención á la conversación de Tomás y Emilio, oí con asombro aquellas palabras, que hirieron mi corazón como el presentimiento de una desgracia. En seguida que salió Tomás dije á Castelar: «Esas palabras de Joaquín Pi van dirigidas directamente á mí, aunque parezcan dirigidas á todo el ministerio.» Emilio quiso convencerme de que veía visiones; pero yo, que tenía una posición delicada y que soy, tratándose de amistad, muy susceptible, cogí el coche y me fui á Gobernación á ver á Pi. Halléle en un despachito, reunido con los jefes de sección de su ministerio y el subsecretario Fernando González.

Llamé á aquél aparte y le conté lo que había oído á Tomás Salvany. Una frialdad impenetrable cubrió su rostro, y sin inmutarse me contestó seca y desabridamente: «¡Mi hermano!—no puede ser eso mío; hace cuarenta y ocho horas que no le he visto, pero debo decir á usted que se le conceden facultades que á mí se me negaron en votación pública, y que por este hecho yo quedo desairado y en ridículo; pero ¿qué tengo yo que ver con eso? ¿No sabe usted que yo no solo no he hablado á ningún diputado, sino que ni siquiera he asistido á la sesión secreta en que esto se acordó? (—Y le repetí entonces lo ocurrido antes de empezar la sesión secreta, cuando yo dejé el encargo de dirigirla á Emilio).—¿No

comprende usted que si ahora se han arreglado las cosas en sesión secreta es porque han perfeccionado con el uso el procedimiento? Se ha visto el escollo en que usted naufragó y se ha tratado de evitarle. Si hubiéramos seguido el mismo camino cuando usted presentó á las Cortes su ministerio, la discusión en secreto hubiese sido menos aún, el ministerio de usted hubiera pasado y yo estaría libre y descansando en mi casa.—Todo esto será verdad—me dijo en el mismo tono que antes;—pero el público, que no conoce estos detalles, juzga por lo que ve, y á los ojos del público quedo desairado. A usted se le concede de corrido y sin reparo una facultad que á mí se me ha negado en votación pública.»—Y todo en él, palabras, actitud, gesto, denotaban una irritación profunda y el convencimiento, que no sé quién le infundiera, de que yo le quería anular. Entonces prorrumpí en esta exclamación: «Lo que usted teme yo le aseguro que no sucederá; antes se juntará el cielo con la tierra. Me voy y así no seré obstáculo para nadie.» Tendíle la mano y vacilé en recibirla. Fué un solo momento, pero vacilé; yo lo vi y lo aseguro.

Volví al gabinete de las Cortes; allí estaban reunidos los restantes ministros y varios diputados de la derecha, entre ellos Palanca, Maisonnave y otros dos de que no recuerdo. Expuse ante ellos con desesperado acento lo que me acababa de pasar, y Castelar no quería ceder á la evidencia. Protestaba contra mi apreciación, contra lo que yo había visto y oído; tan inaudito le parecía!—y quiso verlo por sí, dirigiéndose en seguida á Gobernación. En los cuatro meses de gobierno yo había conocido á Pi más que en los veinte años de amistad, entre los cuales hay cinco que trabajó en mi despacho, y sabía de antemano que nada lograría. Extendí mi dimisión y la entregué al vicepresidente Palanca. Sentéme y reflexioné. Vi como en un panorama todo lo que iba á suceder en las dos hipótesis, que son: si me quedaba ó si me iba, y resolví irme. Creo sinceramente que es el acto más grande de mi vida; sacrifiqué á sabiendas mi reputación, arrojando á la calle una vida pública de más de treinta años.

Volví Castelar, como yo había vuelto, de la entrevista con Pi. El debió convencerse de mi resolución por alguna palabra volante y por mi expresión fisonómica resuelta. Pidióme los nombres de los intransigentes de más importancia, y se los di, poniendo al pie una exhortación para que tuvieran confianza en él y le creyeran. Comprendió que debía tomar la dirección de la política en aquellos críticos momentos. Yo llamé á Rafael, le di orden de que dispusiera mi equipaje y el de mi tío, con la mayor reserva; envié mi ayudante Cortés, hijo del jefe de la estación de Atocha á que previniese á su padre para que dejase abierta la puerta trasera de la habitación y dispusiera un vagón reservado, y me fui á pasear por el Retiro, dejándome caer en la estación á las ocho de la noche. Fuera de los dichos, nadie supo mi resolución mas que el inspector de policía de la estación que me vió en el vagón; le exigí la mayor reserva y la guardó.

De quedarme, al día siguiente tenía que explicar mi situación en las Cortes, renunciando á formar gabinete. La explicación inhabilitaba á Pi; ni Castelar ni Salmerón podían formar gobierno con la derecha sin un combate inmediato, ni querían formarlo de conciliación. Los intransigentes tomaban mi nombre como bandera, sin que yo pudiera evitarlo y daban la batalla aprovechando la confusión de aquellos momentos. Los conservadores hubieran enaltecido á Pi, suponiéndole sacrificado á mi devoradora ambición, y yo era el Yago y el Maquiavelo de la época en una sola pieza. Que lo hubieran hecho, lo prueba lo que habían hecho antes y lo que han hecho después. Según ellos, yo he comprado los coches y los caballos de Thiers, y soy un estafador condenado por los tribunales de París. Esto han dicho por medio de la imprenta; figúrese usted lo que dirían *sotto voce* de modo que corra por todos los Círculos de Madrid. Creen que puedo volver y arrebatárselos de las manos la reacción como les arrebaté la monarquía. ¡Tontos y malvados! Malvados, porque deben saber, y saben de seguro, que no tengo ninguno de los defectos que me atribuyen; tontos, porque si no les cegara la ambición, deberían conocer que hoy, aun cuando yo quisiera, no tengo fuerzas para vencerlos. Si hice la República fué porque tenía el prestigio virgen: hoy, para detener la reacción, se necesita un prestigio tan grande y tan entero como el que yo tenía entonces. En el día, aunque la opinión se ha reformado un poco, más que por convicción que no puede tener el público, que no conoce los hechos, porque ha visto la falta que yo he hecho en el Parlamento y en el Congreso, no es, sin embargo, ni con mucho, ni tan espontánea ni tan unánime á mi favor. Siempre

seré un hombre discutido dentro de mi partido, y por consiguiente, no tendré jamás, suceda lo que quiera, la fuerza que tuve. ¿Cómo, pues, había de quitarles la breva que va á caer en sus manos de puro madura, como no caiga ¡no lo quiera Dios! en manos de los carlistas? Además, mi carrera política ha concluido.

Con la resolución que tomé me perdí yo, pero se salvó la República. Mi reputación ya la había sacrificado de antemano cuando acepté el difícil puesto de presidente del Poder ejecutivo. ¡Cuántas veces dije á mis compañeros: «Mi reputación quedará triturada y hecha menudo polvo, pero no me importa si llegamos á la Constituyente sin sangre y sin trastornos.» El ministerio Pi pudo formarse sin inconveniente, por la fuerza misma del estupor é indignación que produjo mi repentina marcha. Después no he cesado de escribir que apoyasen á Pi: las cartas, cuyas copias no conservo, porque no las saqué, han pasado todas por manos de Sardá.

Ahora debo hacer á usted la confesión de una resolución que saben pocos. Había determinado irme al extranjero luego de constituido un nuevo ministerio, para no volver en mucho tiempo. Lo confíe muchos días antes á Fernando González, al encargarle la redacción de un manifiesto bajo unas bases que yo tenía escritas. El lo recordará, por lo mismo que combatí fuertemente mi idea, sin lograr que cambiara, á pesar de lo que fío en su amistad, rectitud y buen sentido.

Pi estuvo desembarazado para el mando. Si no fué feliz en él, no fué mía la culpa.

Usted dirá: «¿Por qué no dice al público lo que á mí me dice?» Porque no puedo. Hablando mientras Pi estaba en el poder, le suscitaba dificultades y enemigos; luego vino la insurrección cantonal, que dura todavía, y no era ni patriótico ni lícito echar leña á la hoguera. No me importa que mi reputación padezca por mi tenaz silencio: mi conciencia me lo impone, y á ella obedezco.

He escrito esta larga carta de un tirón. Desaliñada es é incorrecta; no me detengo á enmendarla ni copiarla: basta á mi propósito, que es hacer saber á un buen amigo los móviles de mi conducta. —E. Figueras.

PALOS Y PEDRADAS

Veinte mil pesetas importan los libros comprados por el ministerio de Fomento á un pariente del ministro de la Gobernación.

Damos la noticia á ver si el placer que de seguro ha de causarles quebranta la resolución de los maestros del partido de Cazorla, que han acordado cerrar todas las escuelas, en vista de que, no solamente no se les entregan los haberes corrientes, sino tampoco los enormes atrasos que se les adeudan.

Dice un periódico fusionista que si se aprueba tal como los obispos pretenden el proyecto de ley sobre el descanso dominical, se hará imposible la vida en los pueblos donde los vecinos caigan en las garras de un cura poco escrupuloso.

Y la ley resultará contraproducente, porque los vecinos tendrán que ocuparse los domingos en sujetar al cura, y... ¡trabajo les mando!

Los obispos han presentado una enmienda al proyecto sobre el descanso dominical, pidiendo que sea obligatorio para todos los ciudadanos, sean ó no católicos.

Bien pensado. A la cárcel el que no santifique el domingo con la holganza.

Allí podrá entretenerse leyendo el art. 11 de la Constitución, que garantiza la libertad religiosa.

A la pareja de la Guardia civil que iba en el tren correo de Cádiz le fué robado hace pocos días del coche-vagón un lío de ropa, en el momento de bajarse á beber agua en la estación de San Fernando.

Así podrán los mismos encargados de velar por la seguridad apreciar por experiencia propia la que se disfruta en estos tiempos conservadores.

Desde el mes de Marzo del corriente año hasta fin de Mayo pasado se han registrado en la Península *doscientos setenta y ocho* crímenes más ó menos sangrientos.

Estamos en el año diecisiete de la restauración que vino á fomentar el sentimiento religioso poblando España de conventos, y á ser firme garantía de la propiedad y de la seguridad individual de los españoles.

En Granada ha sido sorprendido pasando matute en su carruaje un alto funcionario de la Administración civil.

¡Modestia, pura modestia! Conténtese con seguir las huellas de cualquier empleado en consumos, en vez de seguir las de altos personajes monárquicos enriquecidos durante la restauración.

Un niño de ocho años ha sido mordido ferozmente en la pierna derecha por un perro en la puerta de Segovia. Morcilla al can y presidio al amo.

INTIMIDADES EXCESIVAS

Hay personas piadosas que tratan á Dios ó sus santos con una familiaridad lamentable, imitando á las patronas, que, en cuanto toman confianza con los huéspedes, no hay abuso de que no los hagan víctimas.

Un individuo de la Coruña, teniente retirado de carabineros, piensa publicar un libro titulado *El tesoro de los pobres*, y ya ha dado á conocer el prólogo de la obra, que dedica al Espíritu Santo. Dice así el exordio:

«*Súplica al Divino Espíritu Santo.*—¡Oh, pichón invisible! ¡Oh, esposo cariñoso de la única Hija del Padre Eterno! Tú que supiste encarnar en la siempre Virgen María el que había de salvar al hombre del pecado que había cometido en el Gran Paraíso Terrenal por culpa de su compañera Eva, ¿no te dignarás concederme la gracia de iluminar de hoy para siempre mi escaso entendimiento, mi ninguna memoria y fervorosa voluntad, para por estas tres cosas conseguir regenerar en lo que resta de siglo la Santa Fe Cristiana?»

«Así lo espero, Espíritu mío por la fidelidad que te conserva Tu Paloma en el Gran Nido Celeste, por el respeto con que todos los Pichones la tienen; sé que en todos mis actos visibles é invisibles me has de iluminar con tu antorcha solar por toda una eternidad.—AMEN.»

Todo ese idilio de palomar ó de alero y teja vana sentaría muy bien en labios de un ama de cura arrullando á su *cuervo*; mas ¡por los clavos de una puerta! permitirse ese lenguaje nada menos que con el Espíritu Santo, me parece algo gordo.

Si bien no tiene la culpa ese teniente de carabineros, sino los ídem de cura, párrocos, presbíteros sueltos, fraillucos y demás gente ordinaria, que en folletos, sermones y pláticas se permiten irreverencias de todos calibres contra Cristo y la sagrada familia.

Mala costumbre que me tiene muy disgustado y que me obliga á huir de los templos, de los curas y de los que les sirven de comparsa.

Soy muy delicado de nervios, y no puedo escuchar nada que huela á impiedad, irreverencia ó sacrilegio.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Fué cura, y después de andar de la ceca á la meca, porque en los pueblos donde ejercía su oficio decían que recibía en consultas particulares demasiadas penitencias, padeció bajo el poder de los tribunales de justicia, que le condenaron á dos años de presidio por abuso de confianza.

Tomó la licencia absoluta; es decir, colgó los hábitos, y ahora el ex cura Regnier acaba de ser condenado por el tribunal del Sena á tres años de prisión, á causa de haber atentado al pudor de una niña de cinco años. Por algo decía Víctor Hugo: «El que ha sido cura lo es.»

En Francia al menos no siempre se aparecen las vírgenes á los pastores, sino á las devotas más ó menos doncellas, como ocurrió en Lourdes y acaba de suceder en Cherburgo el 31 del pasado.

Y no sólo se le apareció la virgen á una doncella de labor, sino que tuvo la bondad de revelarles dos cosas á cual más interesantes: que este año habrá gran cosecha de manzanas y que dentro de dieciocho meses estallará la guerra.

El periódico que da la noticia dice que ya hay quien pide que Brix, donde se efectuó la aparición, sea objeto de peregrinación como Lourdes.

Esta sí que es la verdadera aparición: la del clérigo ó los clérigos que tratan de explotar el milagro.

Un periódico belga da pormenores del secuestro místico de una joven, llevado á cabo por las hermanas franciscanas de Villaupuits.

La causa se atribuye á que la secuestrada es una bordadora notable y capaz de instruir y formar obreras de un género muy solicitado actualmente.

Aquí no hemos progresado tanto. Nuestros secuestradores místicos sólo emplean sus ardides contra jóvenes bien dotadas, ya sea por la naturaleza, ya por la fortuna.

Del mal el menos.

Mis tiempos se acercan. Ya se entra en los templos como en los teatros y en las plazas de toros: por billetes.

En la nueva iglesia abierta en Málaga ha ocurrido así, con la circunstancia agravante de impedir al pueblo oír la misa dedicada á los aristócratas.

«Todos hermanos, todos iguales ante Dios, todos sus hijos y herederos de su gloria, y, sin embargo, se establecen tales distinciones entre pobres y ricos?»

Dentro de poco nada vamos á tener que hacer en EL MOTIN, porque los curas nos lo darán todo hecho.

«Que no soy capaz de moralizar á los curas aunque viva 900 años como Matusalen?»

El que tal me dice, tomando pretexto de que el cura de Arroyo de San Seryan procedió contra un joven que

no se arrodilló ante la procesión del Corpus, porque físicamente no podía... puede ser que tenga razón.

Son de tal manera los hijos de mi alma, que por hacerme quedar mal cometen más desafueros cada día.

Mas no por esto he de cejar en mi moralizadora empresa; que soy tan terco como ellos son pecadores y bromista es el que me dice que no he de moralizarlos.

Tarifa.—Procesión ermita Luz demandando agua. —Sencilla manera de llenar de vino y pan la casa del cura.

—Clérigo trashumante contra obreros sermón burilógico. Llévose chica coche Algeciras.

—Retened la fecha en la memoria para recordarla cuando transcurran siete meses, cuatro semanas y treinta días.

—Parroquia Mateo rifa fiesta Sagrado Corazón.

—Cuando los obreros se mueren de hambre, nada mejor para consolarlos que celebrar rifas para que los pocos ochavos que hay vayan á parar á manos de los curas.

Loco de contento el cura de una iglesia de París, preparaba un festín para celebrar la conversión al catolicismo de un protestante á quien tras largo trasteo había catequizado, cuando el neófito le propuso un negocio bursátil, para el que le sacó unos centenares de francos.

¡Imprevisión incomprensible la del catequizador! Apenas el converso pesó los cuartos, perdió la fe en el catolicismo, y, tomando las de Villadiego, dejó al párroco con un palmo de narices.

Bien empleado le está por haber olvidado el efecto corruptor del vil metal y que la Iglesia manda que se desprecie.

Un tal Martínez y un tal Navarro, ambos curas y estóridos ambos, publican en Vélez Rubio un periodiquito conservador llamado *La Luz* (apagada), y en él atacan á los teatros, á quienes califican de centros de corrupción.

Todos los tenderos hablan mal de la tienda de enfrente, y sabido es que no hay peor enemigo que el del mismo oficio.

Por eso no me estraña la conducta de esos dos cómicos sagrados.

Cuando el crepúsculo vespertino comienza, diz que acompaña por sitios solitarios á una apetitosa jamona un cura do Salvatierra.

El pueblo critica, y se nos asegura que el tonsurado galanteador ha dado explicaciones en el púlpito; pero es tan dulce pasear á tal hora en este tiempo, escuchando y pronunciando palabras cariñosas, cruzando miradas, y...

Que puede muy bien reírse de la crítica de los envidiosos.

El sacerdote de Collado de Villalba se ha negado á bautizar á un hijo de un guardia civil, por que los padrinos no estaban casados canónicamente; escrípulos que no tuvo hace pocos días al admitir como padrinos de dos gemelos á una pareja que estaba sola unida por su propia y soberana voluntad.

¿Habrá aquí busilis? Lo ignoro; mas creo que sí debe haberlo, dado que los curas obran siempre por sugestiones del provecho ó la satisfacción personal.

Salvatierra.—Cuatro horas campaneó diarias. Anciana vecina iglesia agrábase y muere resultas. Muchachos diviértense repiques. Alcalde toléralo.

—La monarquía dispara cañonazos en las procesiones, y la iglesia toca sin cesar, tal vez con el piadoso objeto de que no se escuchen los ayes que la miseria arranca al pueblo. Agradezcámoselo en la forma y medida que podamos.

A tres años de prisión ha sido condenado un tal Gabriel Albert, de profesión presbítero y vicario en Somme, cerca de Lila.

Que ¿por qué? Pues por tres niñerías que el tribunal ha calificado de atentados al pudor, cuando es posible que el cura hasta ignorase que existiera.

De los tristes sucesos de Bilbao en que pereció un obrero y fueron heridos varios, ¿quién tuvo la culpa? La religión de nuestros mayores....

Hagamos fervientes votos por la prosperidad de tan civilizadora y fraternal institución, y pongamos modestamente cuanto esté de nuestra parte por reventarla.

Tres artilleros, de los cuales creemos que hayan muerto ya dos, fueron heridos en Alicante al reventar un cañón con que hacían salvas á la procesión del Corpus. Me horripilo al pensar lo que hubiera ocurrido si los artilleros no celebran este año con esplendidez la fiesta de Santa Bárbara su patrona.

Morés.—Conservador católico clavó entusiasmado banderillas San Félix durante procesión.

—¿Y qué quieren? ¿Que censure yo esto? Nunca, pues me parece muy bien. Y aun mejor me hubiera parecido si se las clava al cura; porque al fin, un santo siempre es un santo, y la religión merece el mayor respeto.

Un cura que sorprende á otro con su hermana....

Una paliza en la sacristía....

Más tarde la misma hembra en casa de un vecino...

Detalles que hacen pensar en la reincidencia...

Partida del cura apaleador á la capital de la provincia....

¿Sabe algo de esto Manolo, el de Mestanza?

De lo que sigue, no de lo anterior; esto es, que sus feligreses andan reuniendo firmas para pedir al obispo de Ciudad Real que lo traslade á otro punto.

Pues si no lo sabe, entérese, y ponga pies en polvorosa antes que el asunto se ponga más serio. No olvide que quien quita la ocasión quita el peligro.

¿Que se llama Larrañaga, que es cura, que vive sobre Bilbao, que administra las fincas de una viuda rica y que con tal motivo se dicen cosas gordas?

El señor nos libre de malas tentaciones, pero las faldas y los cuartos

son cosas de mucho gusto, ó tire una piedra el justo que no incurra en este error.

Brandamil.—Cura niega comunión maestro.

—Como el maestro pueda almorzar bien, le auguro largos años de vida; porque, seamos desapasionados; como necesaria la comunión para vivir cualquier prójimo sano y robusto, no lo es.

Zamora.—Rumor suceso misterioso ocurrido convento Toro.

—¿Es de monjas? Pues me figuro en lo que consiste. En un aumento de la comunidad, por reproducción ó secuestro.

Torreñueva.—Entablóse competencia por pasear virgen pagando. Palos hubo. Cura brazo roto, alcalde descalabrado, alférez Guardia civil contuso.

—Más pudo haber habido. Consuélenos esta santa idea.

Villafranca del Bierzo.—Obispo interino Astorga excomulgó periódico *Amigo del Pueblo*.

—Tontería que hace gracia en estos tiempos. Coz que el pasado tira al presente.

Vandelló.—Niños lloraron iglesia; cura enfurecióse; palabrotas dijo.

—Si él cree que el temple es para eso, allá él. Me guardaré muy bien de censurarlo.

Figueras.—Salió mujer con niña iglesia; cayeron suelo; descalabraronse.

—No veo aquí la protección del santo del día, ni la del angel de la Guarda.

Jaén.—Cura Paulino ofrece acompañar señoras paseo. Presume Tenorio. Paliza huelo.

—El Señor le conserve á usted la nariz.

Cazalla.—Bronca tremenda procesión rogativa lluvia. Urna virgen rota.

—Todo eso es muy propio en tales fiestas.

¿Que le gustan las hijas de Eva al cura de Sonseca? ¡Ay! Y á mí también.

BIBLIOGRAFÍA

Los hermanos Zenganno, por Edmundo de Goncourt, traducido del francés por Emilia Pardo Bazán. España Editorial. Mendizábal, 34. Precio cuatro pesetas. Hermoso libro, bien traducido y bien presentado editorialmente.

Nuestro querido colega *El Matute* ha publicado los retratos de los señores Ruiz Zorrilla y Pl. Margall, en negro y en excelente cartulina. Vendense á peseta cada uno en la administración del colega, Cardenal Cisneros, 15.

Nuevo teatro crítico, por Emilia Pardo Bazán. Junio 91. Número 6. Como los anteriores, demuestra lo mucho que su autora vale. Precio una peseta cincuenta céntimos.

El Padre Juan, drama por doña Rosario de Acuña. Segunda edición, corregida y aumentada. Dos pesetas. Principales librerías.

OBRA IMPORTANTE

LA IGLESIA Y LA MORAL

por

DOM JACOBUS

(LAURENT)

Dos tomos: cinco pesetas.

OBRA NUEVA

JUAN LANAS

por

JOSÉ NAKENS

Un tomo: DOS pesetas.

Los suscriptores directos á EL MOTIN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.